Graciela Montes

El Ratón Feroz vuelve al ataque

Ilustraciones de **Nana González**

loqueleo

Un día el ratoncito de ojos redondos y bigotes cortitos se puso de pie y dijo:

—El Ratón Feroz vuelve al ataque.

Entonces corrió al Cajón de las Cosas Secretas, revolvió un poco, revolvió otro poco, revolvió mejor y sacó la famosa, la increíble, la horripilante Careta del Ratón Feroz.

Se la ató con tres piolines (porque la Careta del Ratón Feroz tiene que estar muy bien atada) y gritó desde la puerta de la cocina:

—¡Bu! ¡El Ratón Feroz vuelve al ataque!

—¡Oh, no! —dijo la mamá, y agarró con fuerza la taza de café con leche para que no se le cayera al suelo.

—¡Oh, no! —dijo el papá, y puso cara de preocupado.

—¡Oh, no! —dijo el hermano mayor, y se escondió debajo del mantel a cuadros.

El Ratón Feroz se subió a una silla para estar bien alto.

—Ratoncito, hoy es sábado, es día de jugar —dijo la mamá, mientras la taza se le sacudía y salpicaba café con leche hacia todos lados.

—Ratoncito, los sábados son días de jugar, no de asustar —dijo el papá con cara de no reírse ni un poquito.

—Los sábados son días para jugar al Ratón Feroz —dijo el ratoncito—, porque es un juego muy divertido.

Y se fue corriendo a montar su Bicicleta Feroz, que estaba apoyada contra la maceta grande del patio.

—¡Al ataque! —gritó el ratoncito, y empezó a pedalear por la vereda. A toda velocidad corría la bicicleta, con el horrible Ratón Feroz muerto de risa.

—¡Volvió! ¡Volvió el Ratón Feroz! —gritaban los amigos que jugaban a la pelota, y corrían a esconderse.

—¡Socorro! ¡El Ratón Feroz vuelve al ataque! —gritaban las amigas que saltaban a la soga, y corrían a meterse en sus casas.

—¡Auxilio! ¡Sálvese quien pueda! —chillaban las señoras que iban a comprar ravioles, y se trepaban a los techos de los autos.

—¡Auxilio! ¡Sálvese quien pueda! —chillaban los que manejaban los autos, y se escondían detrás de los camiones.